

«Tiempos tristes»: notas sobre movimiento estudiantil, comunidad y emociones en la Universidad de Chile ante la dictadura de Pinochet (1974-1986)

«Sad times»: notes on student movement, community and emotions at the University of Chile against Pinochet dictatorship (1974-1986)

Pablo Toro Blanco

e-mail: ptoro@uahurtado.cl

Universidad Alberto Hurtado. Chile

Resumen: El presente artículo analiza la memoria de actores relevantes del movimiento estudiantil de oposición a la dictadura de Augusto Pinochet en la Universidad de Chile. Mediante la reconstrucción de su discurso en torno a los aspectos emocionales de su experiencia como alumnos opositores, empleando como fuente un conjunto de entrevistas, así como también a través de la consulta de algunas publicaciones estudiantiles de la época en estudio, el propósito del texto es brindar una nueva arista de comprensión histórica respecto al movimiento universitario anti dictatorial. Se discute respecto a la plausibilidad de enfatizar las dimensiones emocionales de la experiencia estudiantil en la época, analizándolas a la luz de dos núcleos interpretativos contrastantes: la teoría de rebelión emocional generacional, en la versión desarrollada por Lewis Feuer (1969) y la de los nuevos movimientos sociales. Tras el análisis de las fuentes señaladas, se arriba a la conclusión de que es necesario enriquecer la mirada histórica a los estudiantes opositores de la Universidad de Chile en dictadura apelando a la compleja interacción entre emociones, discurso, ideología y prácticas políticas, colaborando de esta manera a una deconstrucción de visiones esencialistas sobre el movimiento estudiantil, las que sobredimensionan la dimensión ideológica sacrificial y mesiánica como uno de sus factores constitutivos.

Palabras clave: Chile; movimiento estudiantil; historia cultural; memoria colectiva; universidad; transición.

Abstract: This article analyzes the memory of a group of leaders of the student movement at the University of Chile against the dictatorship of Augusto Pinochet. Recalling their discourse on the emotional aspects of their experience as students, using as source a set of interviews, and student publications of the period under study as well, our text aims at providing a new perspective on historical understanding regarding anti dictatorial university movement. Plausibility of emphasis on emotional dimensions of the student experience is evaluated, lightening them through two contrasting interpretative cores: the theory of emotional generational rebellion, in the version developed by Lewis Feuer (1969), and the new social movements. Taking advantages of the sources indicated, we come to conclusion it is necessary to enrich the historical study of opponents students at the University of Chile during dictatorship appealing to the complex interplay between emotions, speech, ideology and political practices, deconstructing essentialist views about the student movement, which tend to exaggerate the sacrificial and messianic ideological dimension as one of its essential factors.

Key words: Chile; student movements; cultural history; collective memory; university; transition.

Recibido / Received: 26/05/2015

Aceptado / Accepted: 12/06/2015

Siempre conservé la imagen de León Felipe, que se refería a la Guerra Civil Española como el hacha que cayó sobre España. Tengo la asociación del golpe militar como hacha, que vino a matar, a generar dolor, incluso más allá de su sentido político, económico o histórico, como tragedia, como productor de dolor y barbarie. Todo ese tiempo lo viví como un tiempo triste (Canales, 1996).

1. Dos modos (a lo menos) de comprender el movimiento estudiantil

Hacia finales de la convulsionada década de 1960 el sociólogo norteamericano Lewis Feuer (1912-2002) buscó sistematizar una explicación general respecto a la naturaleza del movimiento estudiantil, el cual se había convertido en un actor protagónico de la realidad universitaria y de los procesos políticos a lo largo y ancho de todo el mundo. Desde los pastos de Berkeley al ensangrentado cemento de la plaza de Tlatelolco, pasando por el Barrio Latino de París y recalando en las tomas estudiantiles de sedes universitarias en Santiago de Chile, para los adultos que presenciaban con desasosiego y conceptualizaban con no poco temor la situación (como el propio Feuer), un fantasma recorría los campus: era el espectro de la lucha generacional, alimentado por la irracionalidad que le atribuían a las acciones estudiantiles. Al observarlas y calificarlas como formas patológicas, Feuer sostenía que «los movimientos estudiantiles son engendrados por emociones vagas e indefinidas que buscan una salida, una causa a que adherirse. Un complejo de impulsos –altruismo, idealismo, revuelta, auto sacrificio y autodestrucción– buscan expresarse a través del orden social». Los comprendía como estados de «rebelión emocional en la que están siempre presentes la desilusión y el rechazo de los valores de la vieja generación» (Feuer, 1971, pp. 30-31).

Los términos empleados por Feuer, mirados con el beneficio analítico que regala la distancia temporal, no constituían necesariamente sólo un enérgico manifiesto anti estudiantil. Eran, más bien, trasunto de los enfoques predominantes en la sociología de la posguerra acerca del papel de las emociones en los movimientos políticos y sociales. Tras la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial, el control de las emociones apareció como una tarea central para la construcción de estructuras sociales firmes, depuradas de excesos y subjetividad y normalizadas mediante acciones que pudieran asegurar, a lo menos, la neutralidad afectiva necesaria para que, en términos de Talcott Parsons, la renuncia a la gratificación inmediata, asociada a las pulsiones emocionales, diera como fruto la estabilidad requerida para el funcionamiento de la sociedad como un sistema armónico (Biess y Gross, 2014, p. 2). Así, pues, las movilizaciones estudiantiles de la década de los sesenta, que representaron el cenit de lo que se ha denominado como «Generación I» por su naturaleza insurrecta (Feixa y González, 2013, p. 98), venían a desafiar radicalmente las expectativas adultas de control emocional sobre

los jóvenes universitarios y a poner en tela de juicio las perspectivas de transformación de las universidades latinoamericanas en ordenados centros productivos que colaborarían con las metas del desarrollo económico y la integración social en la región.

Respecto al turbulento rol del movimiento estudiantil en América Latina hacia los años en que Feuer fustigaba la emotividad juvenil, cabe señalar que, en la misma veta de análisis desde teorías que enfatizaban la racionalización de las conductas (aunque con un mayor grado de empatía política con los estudiantes), el historiador británico Alistair Hennessy sostenía, en un texto escrito a fines de 1966, que buena parte del destino de las universidades latinoamericanas se estaba jugando en un campo en el que los estudiantes radicalizados generaban movimientos desestabilizadores. Sin desplegar una condena a la efusión de emociones juveniles y tomando distancia de comprender como una patología social al movimiento estudiantil, Hennessy ponía el acento en que «lo que parece enfermedad o irresponsabilidad premeditada, es, a menudo en una sociedad injusta, expresión genuina de una generación joven frustrada, que se vuelca a la acción política con un fervor compuesto de oportunismo, malestar y auténtico idealismo como medio de encontrar su propia identidad» (Hennessy, 1970, p. 133).

Medio siglo después de las impresiones de Feuer y Hennessy otro es el ánimo que prima en la sociología respecto a la juventud y los movimientos estudiantiles y sociales, en lo que al peso, rol y legitimidad de las emociones incumbe. De tal modo, en años recientes los enfoques culturalistas sobre los movimientos sociales han relevado a las emociones en su papel de factores de motivación para la acción colectiva, de claves para dotarla de significado para los actores, así como también las han integrado como elementos que ayudan a una mejor comprensión de los dilemas estratégicos y toma de decisiones en los movimientos (Jasper, 2012, p. 47). Los enfoques binarios respecto a oposiciones entre razón y emoción, en los que ésta aparecía como un factor aberrante, en la lectura patológica de Feuer sobre el movimiento estudiantil, han dado paso a un reconocimiento de la complejidad de múltiples dimensiones que se ven envueltas en la acción colectiva de los jóvenes universitarios. En estricto sentido (y es parte de nuestra argumentación en lo sucesivo) el cuidado que se brinde a la interacción entre factores ideológicos y programáticos (o sea, guías normativas para la acción estudiantil elaboradas desde la reflexividad y la referencia a modelos de alcance universal y abstracto) y aquellos de orden emocional (vale decir, insertos en el dominio de la experiencia y contruidos desde contextos específicos) es un factor que enriquece el análisis histórico de episodios críticos. Para nuestros efectos, explorar el papel de lo emocional en coyunturas específicas del movimiento estudiantil de la Universidad de Chile nos permite comprender mejor las dinámicas de articulación de nuevas redes de reconocimiento mutuo y las lógicas de construcción de movimiento uni-

versitario que debieron ser implementadas en escenarios profundamente hostiles.

La comprensión del movimiento estudiantil desde las ciencias sociales sufrió giros dramáticos desde la década de 1970 en adelante, al interior de las modificaciones conceptuales respecto a los movimientos sociales en general. Si bien ya en los años en que Feuer y Hennessy formulaban sus juicios predominantemente anclados en la matriz de la acción colectiva (en que la oposición entre, diríamos, sistema-razón y ruptura-emoción era el eje central), se comenzaban a experimentar nuevas lecturas sobre la naturaleza y lógica de acción de los movimientos sociales. Fueron las décadas de 1970 y 1980 el escenario para que surgieran escuelas revisionistas que establecieron una cisura entre viejos y nuevos movimientos sociales, siendo estos últimos definidos por nuevas coordenadas: un desplazamiento del objetivo de los movimientos desde la conquista política del Estado hacia una búsqueda de valores alternativos y obtención de grados crecientes de autonomía, rechazando las metas de la modernidad (Aranda, 2000, pp. 231-232). Se ha argumentado que los nuevos movimientos sociales adquieren esa condición debido a una doble novedad: la de romper, como se ha dicho, con el eje de lucha en torno al control político del Estado para atender, en cambio, a reivindicaciones de nuevo orden (lo que estaría detrás del auge de movimientos como el feminista, pacifista o ecologista desde los años sesenta en adelante, principalmente en los países de capitalismo avanzado) y la de dotarse de nuevas formas de organización y acción (escalas de asociacionismo distintas a las estructuras tradicionales de partidos o federaciones, con mayores componentes de subjetividad). En función de este paso es que, en clave interpretativa, podría cobrar sentido pensar en semejanzas y diferencias entre el movimiento estudiantil de la Universidad de Chile en los años inmediatamente anteriores y posteriores al Golpe de Estado de septiembre de 1973. Sin embargo, de acuerdo a nuestra perspectiva, dicho contraste no parece suficientemente justificable en todas las dimensiones involucradas. Ello es así porque, tal como lo ha observado José Manuel Aranda (2000), los tránsitos entre antiguos y nuevos movimientos sociales se han construido conceptualmente desde una mirada atenta a la evolución de los procesos propios del Primer Mundo. Por ende, no son aplicables en bloque a los movimientos sociales latinoamericanos todas las categorías involucradas, especialmente considerando la compleja matriz de relaciones paternalistas entre Estado y sociedad civil existente en América Latina, así como también la diferencia de desarrollo en los grados de derechos sociales y políticos, acceso a bienes culturales y formas de institucionalización de los conflictos. Tanto más evidente es esa diferencia en contextos dictatoriales como el que sirve de telón de fondo para el proceso que nos ocupa.

Debido a las objeciones recién indicadas, es más plausible sostener una posible comparación entre antiguos y nuevos movimientos estudiantiles, montada

sobre la distinción respectiva entre los movimientos sociales de viejo y nuevo cuño, en un escenario temporal más amplio que, desde nuestro punto de vista, para el caso chileno debiera tener como hito el proceso de reorganización estudiantil una vez ya finalizada la dictadura pinochetista. Un reciente estudio se ha hecho cargo de abordar documentadamente buena parte de este problema al afirmar que «la transformación del viejo movimiento estudiantil del siglo XX al moderno movimiento estudiantil de masas del siglo XXI, resulta inextricable de la transición vivida en los años por su corriente interna más dinámica: la izquierda radical» (Thielemann, 2014, p. 15), fracción que desde la periferia del orden político imperante en Chile a partir del triunfo de la Concertación de Partidos por la Democracia construyó, recogió y reprodujo parte importante de las nuevas lógicas de acción de los movimientos estudiantiles de América Latina en la década de 1990, practicando nuevas formas de construcción organizacional con base en las asambleas y el ejercicio directo del poder en ellas.

Con todo, si bien no es durante el período que abordamos en estas páginas cuando se puede apreciar la transformación del movimiento estudiantil de la Universidad de Chile (y del conjunto del movimiento estudiantil chileno) para convertirse finalmente en un nuevo movimiento social propiamente tal, sí creemos que es posible encontrar algunos indicios interesantes, ciertas señas aparecidas en medio de una trama desarrollada bajo condiciones singularmente adversas (una dictadura cívico-militar con fuerte intervención en el sistema universitario). Sin pretender validar enfoques dualistas que enfatizan el predominio de un estilo organizativo de los estudiantes sobre otro ni que deduzcan, a priori, la superioridad valórica o política de alguno de ellos, nos parece viable observar que en los años de reorganización del movimiento estudiantil de la Universidad de Chile se aprecia una contraposición entre perspectivas de reconstrucción que enfatizaban el rol vanguardista de las orgánicas políticas universitarias (las más relevantes en la época en la U eran las Juventudes Comunistas y la Juventud Demócrata Cristiana) y otras que sostenían la necesidad de promover formas de asociación y participación estudiantil con menor grado de diferenciación entre base estudiantil y representantes. Como hemos discutido en otra ocasión, esta contraposición entre vanguardistas y «basistas» animó buena parte del debate del movimiento estudiantil contra la dictadura en la segunda mitad de los años setenta y parte de los ochenta (García, Isla y Toro, 2006, p. 83). Si bien puede entenderse que este incordio es reconocible en tantos otros momentos en la vida del movimiento estudiantil de la Universidad de Chile es, sin embargo, una ocasión especial la que señalamos, principalmente en consideración al crítico entorno dictatorial.

Buscando encontrar señales de la transición del movimiento estudiantil opositor de la Universidad de Chile hacia un perfil de nuevo movimiento social podría argumentarse, por ende, que la tendencia «basista» (que políticamente

aglutinaba, en la época que acá se analiza, a una miríada de grupos socialistas de tendencia más radical) puede leerse como una prefiguración de la tendencia característica de los nuevos movimientos a depositar en asambleas y comunidades de base el fundamento deliberativo y ejecutivo de la acción social. No obstante, mantenemos a la vista las peculiaridades del proceso bajo dictadura, así como también persistimos en tener en cuenta que otros tantos elementos conceptuales de los nuevos movimientos sociales no eran visibles en el período o recién se insinuaban de modo muy tímido. Pese a ello, rescatamos la existencia del conflicto táctico entre los estudiantes opositores en la medida que ayuda a delinear un asunto que nos parece interesante, en cuanto agrega una nueva dimensión analítica al movimiento estudiantil: comprender en tanto experiencia emocional a la praxis de los jóvenes estudiantes involucrados en la reconstrucción de sus instituciones asociativas devastadas por la dictadura.

En virtud de lo anterior es que la propuesta de este texto es entregar una perspectiva complementaria al conocimiento histórico sobre el movimiento estudiantil que se vivió en la principal universidad chilena, la Universidad de Chile, durante parte de la dictadura cívico-militar encabezada por Augusto Pinochet. Apelando a la memoria de algunos actores del proceso de reconstrucción del movimiento en sus primeras etapas, posteriormente a la aguda oleada represiva sufrida por la comunidad universitaria tras el Golpe de Estado de septiembre de 1973, se intenta relevar las dimensiones emocionales de la experiencia opositora. De esta manera, se busca rebasar una comprensión anclada en los aspectos explícitamente ideológicos del movimiento. En lo que respecta específicamente a sus primeras instancias en el Pedagógico¹, disponemos de testimonios que han sido recogidos por Genaro Balladares y Esteban Romo (1997) y que nos fueron amablemente facilitados durante nuestra propia investigación sobre la FECH en los años de la dictadura (García, Isla y Toro, 2006).

Al buscar un ángulo distinto desde el cual observar el proceso de reorganización estudiantil en un contexto autoritario no se pretende aquí enarbolar una crítica que desconozca por completo a las narrativas más tradicionales de la historia de los movimientos universitarios, en las que suele haber una reificación de la rebeldía juvenil como esencia de la acción estudiantil, vinculándola estrechamente, cuando no sometiéndola, a la lógica de los procesos políticos generales. Frecuentemente, ese tipo de enfoques se ha construido desde suposiciones teleológicas respecto

¹ Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Originalmente fundado en 1889, fue el principal centro de formación de profesores secundarios de Chile. Se caracterizó por tener un movimiento estudiantil muy activo. Por su acusada influencia de izquierda durante el proceso de la reforma universitaria en la década de 1960, fue una de las unidades más diezmadas por la dictadura. Finalmente, en un contexto de «racionalización administrativa» mezclada con criterios de castigo político a su estudiantado políticamente movilizado, en 1981 se le segregó de la Universidad de Chile al denominarlo como Academia Superior de Ciencias Pedagógicas.

al movimiento estudiantil, a la vez que el talante desde el que se han formulado ha estado marcado por la incondicionalidad. Sin hacer una inútil profesión de fe basada en una improbable asepsia epistemológica (postura que, por cierto, no tiene sentido ni razón), sí nos parece sensato marcar nuestra distancia respecto a que la historicidad del movimiento estudiantil se agote únicamente en su dimensión explícitamente política. En consecuencia, si en otro espacio hemos intentado relevar, de manera exploratoria, algunos aspectos de la estética visual y musical que acompañó a la experiencia estudiantil anti dictatorial en la Universidad de Chile en la época pinochetista (Toro, 2015), en estas páginas buscamos introducir, también a modo de indicio, una perspectiva que pueda agregar factores comprensivos para la historia del movimiento de estudiantes. Nos apoyamos para ello en la existencia de otras lecturas que han agregado riqueza a la interpretación de la historia del movimiento estudiantil bajo dictadura, en la medida que han religado creativamente militancia, proyecto político, cultura, identidad y experiencia.

En abono de lo anterior, baste considerar el aporte hecho, con su buena prosa habitual, por el historiador Víctor Muñoz Tamayo quien, al referirse a las dimensiones culturales de la reconstrucción de identidades asoladas por la represión (como es el caso del movimiento estudiantil bajo dictadura), señala que, al buscar espacios propicios para reencontrarse, los estudiantes hicieron uso, mediante el arte, de «(...) la propiedad política de la metáfora, una opción estética a la vez que un requisito que permitía reunir, llegar a sensibilidades comunes, provocar emociones, expresar las tensiones de la vida bajo la opresión, mantener viva la esperanza un futuro mejor; y todo ello en público buscando mismo tiempo burlar al poderoso, reírse de él y astutamente ganarle una batalla» (Muñoz, 2006, p. 15). El modo como fueron usados y apropiados por los estudiantes opositores los espacios disponibles para promover formas de reconocimiento mutuo y cooperación nos lleva a pensar en conceptos articulados por autores claves para la historia de las emociones. De esta manera, nos parece propositivo abordar, por ejemplo, los propios talleres artísticos de la ACU² o la práctica del deporte en la U entendiéndolos no solamente como herramientas de repliegue táctico y construcción de movimiento organizativo estudiantil (que, ciertamente, lo fueron) sino que como expresiones de lo que William Reddy ha caracterizado como «refugios emocionales», o sea, instancias de encuentro que escapan a los valores emocionales hegemónicos. Es interesante considerar que es

² Acción Cultural Universitaria, organización estudiantil de la Universidad de Chile que aglutinó a una amplia red de talleres de diversas ramas artísticas (teatro, música, literatura, fotografía y otras). Durante su existencia, entre 1977 y 1982, sirvió como una plataforma para la rearticulación del movimiento estudiantil opositor a la dictadura. Su revista, *La Ciruela*, fue uno de los medios escritos universitarios con mayor difusión en el contexto de una época en que predominaban diversas formas de censura a la circulación de ideas críticas.

posible que estos refugios cobren un significado polivalente, en la medida que pueden hacer que el orden existente sea más fácil de sobrellevar para los individuos (sobre todo en instancias de represión ampliada como las que caracterizan a la época en estudio), del mismo modo que también es dable que se conviertan en espacios desde los cuales desarrollar la resistencia y el conflicto (Reddy, 2001, p. 128). El concepto de navegación emocional, propuesto por William Reddy para aludir a la manera en que los sujetos se ven enfrentados a desempeñarse en contextos distintos, implica referencia a modelos en los que ciertas emociones pueden producir en los sujetos involucrados experiencias de sufrimiento o goce de libertad emocional. Un aspecto implícito en todo ello es el problema de la hegemonía, el poder y las instituciones.

En el contexto de las primeras reflexiones en el campo de la historia de las emociones, los investigadores norteamericanos Peter y Carol Stearns propusieron emplear como herramienta analítica la noción de *emocionología*, entendiéndola como un marco regulatorio en que, en una sociedad o en grupos en su interior, se construyen estándares respecto a las emociones básicas y su expresión definida como apropiada a dicho encuadre normativo (Stearns, 1985, p. 815). Esta perspectiva resulta interesante dado que, al aplicarla a nuestro problema, hace resaltar los discursos y prácticas auspiciados desde las autoridades y frente a los cuales se fueron esculpiendo los perfiles de la contestación juvenil. En este sentido cabe caracterizar, de manera gruesa, a aquello que podría constituir una suerte de *emocionología dictatorial* de los primeros años del régimen de Pinochet en una doble faceta: la reactiva y la propositiva. La primera (que tiene mayor impacto en nuestro asunto) podría ser comprendida como el conjunto de acciones discursivas y materiales tendientes a normalizar emocionalmente a la población mediante el cercenamiento, destrucción e inducción al olvido respecto de la constelación valórica y emocional del Chile anterior al 11 de septiembre de 1973. Consecuentemente, la segunda tendría por función la promoción de mensajes y acciones inductoras de nuevos valores, sobre todo en las nuevas generaciones (patriotismo, nacionalismo, orden), para lo cual el sistema educacional y los medios de comunicación de masas jugarían un rol clave como vehículos de socialización de dicha *emocionología*, como hemos tenido oportunidad de señalar respecto a los textos escolares en un estudio exploratorio reciente (Toro, 2015b).

Respecto al primer tipo de acciones recién indicadas, cabe señalar que fueron las más perceptibles debido a su dramatismo y rigurosidad: se trataba, nada más y nada menos, que de operar sobre una sensibilidad del ser estudiante universitario que estaba instalada tras las experiencias de un proceso de estrechos lazos con los cambios sociales y políticos que Chile había estado viviendo en los años previos a la intervención militar de 1973. De esta suerte, predominó en los primeros años de la dictadura un ambiente hostil tanto fuera como dentro de los recintos

universitarios contra toda reminiscencia de referentes de la cultura de izquierda. Así, por ejemplo, la presencia simbólica de los ideales del régimen derrotado en 1973 fue materialmente erradicada de la vista: gruesos brochazos de pintura cubrieron los murales coloreados por las brigadas artísticas de los partidos de izquierda. Como indica un estudio del tema, la dictadura cívico-militar implementó un verdadero «golpe estético» (Errázuriz, 2009), proscribiendo del medio público los colores rojo y negro, asociados a ideales revolucionarios, y promoviendo tonos grises y verdes de castrense evocación. Música, literatura, vestuario, peinados: todas estas dimensiones propias de identidad juvenil cayeron bajo la lupa de la censura gubernamental. Así, las materializaciones de una *emocionología* juvenil reformista o revolucionaria, tanto en una faceta comprometida con el cambio político militante como con la impugnación de las convenciones sociales y culturales (expresadas en el movimiento hippie criollo), fueron suprimidas de la esfera pública y condenadas a circular de modo clandestino. Los jóvenes estudiantes universitarios experimentaron a la fuerza un reacomodo conductual que les impidió, en principio, mantener la continuidad de una constelación estética y societaria que resultó erradicada de los campus universitarios o que hubo de replegarse a espacios subterráneos, miradas cómplices y prácticas clandestinas. Así, parte significativa de los atributos emocionales de un espacio marcado por la apelación a lo plural (como era, discursiva y prácticamente, la cultura de la Universidad de Chile antes del Golpe) fue intervenida por un afán normativo que, en palabras de las autoridades militares delegadas en la U, pondría el acento en que los estudiantes reorientaran su experiencia universitaria hacia fines muy específicos. Todavía a fines de 1980 era visible este criterio, como se deduce de las expresiones del Rector Delegado, general Enrique Morel, quien señalaba que «el horario de clases tiene que ser seguido y el tiempo que sobra es para estudiar y para investigar. Y si a los estudiantes les sigue sobrando el tiempo, tienen que hacer deporte. Cuando yo me eduqué en la universidad militar [sic], sólo hice eso: estudiar y hacer deporte» (citado en García, Isla y Toro, 2006, p. 116).

Si bien es aventurado sostener que la estética proscribida, con su apelación emocional al cambio social y al protagonismo político juvenil, haya sido representativa de una mayoría del estudiantado en la Universidad de Chile, no parece impropio, sin embargo, afirmar que los lazos musicales con la Nueva Canción Chilena (en una constelación amplia que incluía a Violeta Parra, Víctor Jara, Quilapayún, entre otros) y la práctica de una forma de habitar el espacio universitario (generando rutinas espaciales tan comunes como echarse en el pasto a ver pasar el día) eran códigos propios de una parte de los jóvenes estudiantes de la U y que les conferían una identificación comunitaria. Ello nos conduce, en último término, a aludir a la noción de comunidad emocional propuesta por la historiadora norteamericana Bárbara Rosenwein para comprender las dimensio-

nes grupales de las emociones como elementos cohesionadores y diferenciadores a la vez. De este modo, puede entenderse como una comunidad emocional a un cuerpo colectivo (y a los individuos dentro de él) que define como valioso o perjudicial un determinado tipo de valores y emociones, del mismo modo que valora, combate o ignora la expresión de éstas (Rosenwein, 2010, p. 11). Esto implica escudriñar en las formas de convivencia, el lenguaje, las rutinas, los valores que aúnan a los estudiantes y que les otorgan sentido colectivo. En escenarios como el de una larga oleada reformista, que hundía sus raíces en la segunda mitad de la década de 1960, el movimiento estudiantil de la Universidad de Chile compartía ciertos giros y señas emocionales: una sensibilidad de izquierda, popular, orientada a la colectivización de espacios y al énfasis en la crítica, la movilización política de la ira contra el orden existente y el despliegue de la solidaridad grupal. Buena parte de estos elementos quedaron lisa y llanamente desterrados del ambiente universitario luego de producido el Golpe de Estado en septiembre de 1973. Una nueva configuración emocional vendría a ser construida durante los años que ocupan nuestro interés en estas páginas: tal como señala el epígrafe con que las abrimos, frente a la omnipotencia juvenil centrada en el cambio social y político que acompañaba a los tiempos en que era posible tomar el cielo por asalto, los primeros años de dictadura instalaron una muralla grisácea de miedo y tristeza. Fue, por ende, tarea de los estudiantes dotarse de nuevos códigos emocionales, funcionales a la rearticulación como un cuerpo colectivo, para hacer frente a la melancolía de un tiempo ido junto con el humo provocado por las llamas que consumieron el palacio de La Moneda.

Ya visitadas las perspectivas mayores sobre el movimiento estudiantil como viejo o nuevo movimiento social y presentada una breve discusión sobre la aplicabilidad de tales categorías al caso de los estudiantes de la Universidad de Chile en los primeros años de dictadura; ya explicitada nuestra inquietud por analizar las vicisitudes de dicho movimiento a la luz de algunas reflexiones provenientes del campo de la historia de las emociones, en las páginas siguientes se abordan algunos hitos del proceso de reconstrucción del movimiento estudiantil opositor, apelando a la memoria de algunos de sus protagonistas.

2. De sentirse aislados y vigilados a reunirse y desafiar al vigilante: las primeras formas de rearticulación estudiantil en la U.

Resulta difícil dimensionar el impacto emocional que significó para los estudiantes opositores de la Universidad de Chile tener que enfrentar las consecuencias del nuevo orden que emergió junto con la intervención militar del plantel superior más importante del país. En los primeros años de la dictadura, confluyeron en el escenario universitario cohortes que disponían de distintos

grados de politización y tradiciones de organización de diversa naturaleza. Si decidiéramos tomar como muestra, por ejemplo, a una carrera o a un campus en específico durante el período que aborda nuestro estudio, sería posible apreciar las hondas diferencias en este ámbito: desde los estudiantes que participaron activamente en los campus en el proceso de la Unidad Popular (y que lograron, con fortuna, esquivar la guadaña represiva posterior) a quienes ingresaron a la universidad después del Golpe, portando ya parcialmente en su imaginario ciertos ecos del discurso nacionalista que la dictadura buscó promover en el sistema escolar desde sus primeros meses de llegada al poder. Esas diferencias provocaron algunos desencuentros durante los primeros años del régimen pinochetista, en la medida que grupos de estudiantes, ya sea por intrepidez, urgencia o por una apreciación menos cautelosa frente al miedo imperante, buscaban generar espacios de crítica, lugares de disenso, que permitieran a los alumnos opositores reconocerse y aglutinarse para desafiar la parálisis del movimiento estudiantil. Con todo, estos despliegues no tenían un impacto masivo: el miedo cumplía su papel ya que, como señala Pepe Auth, militante socialista en la época y protagonista de esos primeros intentos aislados, «yo no vi reconstrucción del movimiento estudiantil en 1975, ni nada que se le pareciera. Sólo miradas de encuentro tímidas con gente a la que yo ya había visto en el tiempo anterior al golpe en actividades de la FESES³, pero ni siquiera en condiciones de superar esa barrera de temor a encontrarse con alguien que estuviera siendo seguido, o que hubiera traicionado» (Auth, 1995).

Un recuerdo compartido que habita en la memoria de algunos de los jóvenes dirigentes estudiantiles que emprendieron acciones de rearticulación de los colectivos políticos de la Universidad de Chile en los primeros años tras el Golpe es la existencia de dos realidades contrastantes: por un lado, producto quizás de una suerte de aislada rémora de una cultura universitaria crítica y deliberante, un grupo de alumnos de Sociología que llegaban al Pedagógico portando pautas de acción aprendidas en el lejano Campus La Reina⁴; por otra parte, una mayoría de estudiantes que habían sido testigos de fuertes medidas represivas y en los que el miedo era un elemento condicionante de su conducta. Otro dirigente de la época, militante demócrata cristiano, refuerza este contraste: «no teníamos temor, o no medíamos los riesgos. Y por otro lado, un ambiente de temor, falta de diálogo, oscurantismo generalizado, disciplinamiento de los contenidos y las participaciones en las propias aulas; el miedo y el recuerdo de cómo se había pro-

³ Federación de Estudiantes Secundarios, agrupación estudiantil que reunía a alumnos escolares de entre 14 y 18 años aproximadamente.

⁴ Campus de la Universidad de Chile, surgido en medio del proceso de reforma universitaria que se detonó a mediados de la década de 1960. Se encontraba en el extremo oriente de Santiago, aislado geográficamente del conjunto de los recintos históricos de la universidad, lo que explica su singular cultura universitaria y política.

ducido la intervención en el Pedagógico, estudiantes que habían sido sacados de ahí y hechos desaparecer, en fin» (Fortunatti, 1995).

El miedo imperante al que hacían referencia los dos militantes recién señalados (en la época, muchachos con experiencia política previa) era inducido a través de numerosos canales. Desde luego, la entrada de militares a los recintos universitarios en los días posteriores al Golpe de Estado. La presencia castrense no desaparecería de la universidad durante mucho tiempo. Se mantuvo a través de la ocupación de la Rectoría por parte de altos oficiales en servicio activo, bastante lejanos a la cultura académica aunque con habilidades como paracaidistas (en 1981, el Rector Delegado Alejandro Medina Lois aterrizó en medio de una fiesta estudiantil), como también, de manera más cotidianamente ominosa, mediante la presencia de agentes infiltrados entre el alumnado (conocidos en la jerga estudiantil como «sapos»), algunos de los cuales tenían tal impericia para pasar desapercibidos en su labor, como se hacía ver en el caso de un supuesto estudiante al que en plena clase le sonó su *walkie-talkie* (*El Pasquín*, 1981, nº8, p. 4).

No obstante la vigilancia y la sospecha, los estudiantes que buscaban articular formas de organización frente a la intervención militar en la U desplegaban acciones que formaban parte de un imaginario compartido, nebuloso y esperanzadoramente impreciso en su tamaño y alcance: la Resistencia. Rayar la pared de un baño en la Facultad denunciando a la dictadura o promover discusión sobre autores vedados en el nuevo orden curricular surgido con la censura académica tras el Golpe eran pequeñas victorias que desafiaban al miedo imperante. Un protagonista del proceso rememora que «si tú le discutías a un profesor, todos te miraban como diciendo ‘qué viene a hacer este gallo acá’. Podían considerarte también un soplón o un provocador. Para discutirle a los profesores, nosotros nos organizábamos: qué iba a decirle cada uno, que no fuera siempre el mismo el que le hiciera las preguntas». De este modo, lo que se ponía en juego era ni más ni menos que «resistir a que te avasallen, no sólo físicamente, sino también en el plano de las ideas, de los valores» (Brodsky, 1997). No obstante, las acciones que involucraban grados importantes de audacia eran también las que despertaban cierta resistencia, debido al contexto de miedo y represión vigente. Un actor estudiantil del período de la segunda mitad de la década de los setenta, Manuel Canales (en ese entonces militante de la Izquierda Cristiana), da cuenta de esta distancia respecto a los despliegues más vanguardistas: «encontrábamos que el guevarismo modelo 1968 era irresponsable, tonto, no sabía lo que estaba diciendo. Tenías a la DINA⁵ siguiéndote los pasos a una reunión y si te agarraban ibas

⁵ Dirección Nacional de Inteligencia, organismo estatal de represión política que comenzó a operar a escasas semanas de producido el Golpe de Estado y fue legalizado mediante un decreto ley de fecha 14 de junio de 1974. La DINA, que funcionó hasta 1977 (cuando se la reemplazó por La CNI, Central Nacional de Informaciones) fue encabezada por el coronel Manuel Contreras, quien reportaba directamente sus acciones al general Augusto Pinochet.

a perder los dientes, ahí no había nada de heroísmo. Nosotros no queríamos ser héroes precisamente porque era muy posible terminar siéndolo» (Canales 1996).

El miedo parece haber sido, de acuerdo a lo visto, una emoción predominante y, además, el factor obstaculizador principal para la concertación de los estudiantes opositores. Más incluso que la tristeza y el dolor, porque finalmente éstas eran emociones que podían tejer lazos para el acompañamiento mutuo, la solidaridad, el reconocimiento entre iguales y el despliegue de la empatía, fortaleciendo un sentido de conjunto. Sin embargo, estas acciones remitían a un espacio que podía permanecer en el ámbito cerrado de la comunidad emocional de los estudiantes opositores. No obstante, para que se pudiera pasar a una fase de movilización y crítica activa a las autoridades delegadas en la U y a la dictadura en el país era necesario superar la barrera del miedo. El movimiento estudiantil se vio, pues, frente a un dilema no menor: ¿de qué manera romper el imperio invisible del miedo, prohijado por la represión y el trauma heredado desde el Golpe? Una vía tuvo que ver con el ejemplo y las acciones testimoniales. En esta lógica, los estilos de liderazgo en las etapas tempranas de rearticulación del movimiento estudiantil de la Universidad de Chile privilegiaron el carisma y el arrojo. Eso dio como fruto caras visibles que fueron, paulatinamente, sirviendo como referentes para animar a los estudiantes dubitativos a agruparse y formar movimiento: en palabras de uno de estos rostros emblemáticos de los tiempos duros en el Pedagógico «entre 1977-79 los liderazgos fueron dos: uno, el de Sáez, del PC, y el otro, mío, y ambos fundamentalmente porque teníamos esa cuestión testimonial. Desde luego había gente más preparada, con más formación y mejor discurso, pero no eran los que estaban todo el día armando cosas, quemándose a diario, creando asambleas» (Hidalgo, 1995). Empero, el avance de los procesos de reorganización estudiantil opositora en la U no descansó solamente sobre dichos liderazgos testimoniales: fue un proceso en el que trabajosamente diversos recursos fueron usados, apelando a la palabra escrita, los acordes musicales, la ocupación del espacio, los gritos, panfletos y los despliegues localizados de violencia contra los símbolos del poder dictatorial, entre otros insumos. En esta panoplia de acciones siempre pareció que el miedo era un enemigo explícito, de doble faz: la que se sostenía en las acciones y símbolos de la autoridad (prohibiciones, suspensión y expulsión de estudiantes, entre otros elementos de un arsenal represivo de amplio espectro) y que, al mismo tiempo, residía en los propios estudiantes. En 1980, un momento en el que iniciativas estudiantiles lo habían desafiado, era posible encontrar reflexiones sobre el miedo en una publicación estudiantil que reflexionaba respecto a que «es necesario pensar sobre el miedo; ¡es necesario aprender a convivir con él!; ¡es necesario domesticarlo y que no aparezca imprevistamente, haciéndonos objeto de sus caprichos!» (Kritica, 1980, p. 19). Derrotar al régimen involucraba, por lo tanto, un acto de transformación

individual y colectiva en el que se reconocía el doble vínculo que reposa en el fondo del miedo como emoción.

Ahora bien, los estudiantes opositores de la U debieron desplegar creativamente acciones apropiadas a una escala muy distinta a la que hacían referencia las tradiciones más arraigadas del movimiento estudiantil. Fernando Pedrosa, aludiendo al caso de los estudiantes argentinos bajo la dictadura de la década de los setenta, ha introducido la noción de «militancia microscópica» para referirse a la acción de grupos partidistas actuando de manera clandestina y solamente en contacto con quienes tenían vinculaciones familiares o experiencias políticas conjuntas anteriores a la etapa universitaria (Pedrosa, 1999, p. 234). Pues bien, dicha «militancia microscópica» en el caso de la Universidad de Chile tuvo que buscar caminos para religar a los estudiantes, edificando espacios que antes fueron dados por hechos pero que el entorno dictatorial había sometido a interdicción. Un ejemplo de ello, en el afán opositor de establecer ritos, forjar pequeños acuerdos colectivos fue el simple ejercicio de cantar, independientemente de qué se entonara. Patricio Lanfranco, militante de las Juventudes Comunistas en la Escuela de Economía de la Universidad de Chile y dirigente de la ACU, recuerda lo capital que resultó lisa y llanamente generar una simple tertulia en el casino de su escuela: «El (año) 76', 77' comenzamos con un intento de meter una guitarra. Nos pusimos de acuerdo con los socialistas, pa' meter una guitarra a la Facultad, y el primer intento fue un fracaso porque al cabro que estaba encargado, que era del [grupo musical] Aquelarre, le dio miedo meter la guitarra» (Brodsky 2003, p. 37). Finalmente se logró introducir el instrumento y, señala Lanfranco, «todos los martes llegaba la guitarra y al otro lunes la gente ya preguntaba: 'oye, vai a traer la guitarra' y entonces empezó a parecer más o menos normal».

Ganar espacios frente al miedo debía hacerse, en efecto, apelando a todas las formas de lucha posibles de implementarse en la U. La ironía y el humor resultaron excelentes armas para este propósito. De acuerdo al testimonio de Gregory Cohen, que participó en instancias de creación cultural en el contexto del surgimiento de la ACU, «en una universidad súper tierna donde las autoridades designadas se realizaban inventando técnicas de persuasión tan subliminales como, por ejemplo, las de pegar carteles con la leyenda: 'las murallas son el papel de los canallas', en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas algunos reaccionábamos ante esta creatividad con otras frases que escribíamos temerariamente en pleno pabellón de física: 'Abajo la física, viva la metafísica'» (Donoso 1988, p. 47). Mediante la ironía juvenil era posible desarmar la ventaja del miedo promovido por la autoridad. Un caso ejemplar de destrucción del carisma y poder de intimidación de los organismos represivos se dio en el Pedagógico cuando en 1980 los estudiantes emprendieron acciones contra la Coordinadora (entidad administrativa que albergaba a agentes de seguridad dentro del campus universitario). Para

denunciar a los funcionarios encargados de la represión y a los estudiantes que colaboraban con ellos, señala un dirigente de la época, «conseguimos fotos de dos o tres de ellos, y pusimos en todos los postes letreros ‘Se Busca’ con una caracterización divertida, en todos los postes y árboles del Pedagógico. Todo esto tenía el efecto principal de que el miedo lo tuvieran ellos y no nosotros» (Auth, 1995).

3. Epílogo: de movimientos estudiantiles y emociones

Hacia fines de 1980 el movimiento estudiantil de la Universidad de Chile daba muestras de estar en un proceso ascendente de organización. Si bien el panorama no era uniforme en todas las sedes universitarias, sí era posible apreciar que actividades opositoras lograban congregarse a alumnos de toda la universidad, especialmente a los más politizados, en espacios tales como el Pedagógico. La propia emergencia de referentes oficialistas, tanto en el nivel doméstico de la Universidad de Chile (mediante la FECECH⁶) así como también en el plano nacional (en función del proceso plebiscitario de ese año que sirvió para «legitimar» la Constitución Política del régimen pinochetista), facilitó la emergencia a la luz pública de un movimiento estudiantil opositor con perfiles más visibles. Es importante señalar que el contexto de mayor politización también facilitó que las juventudes de los partidos políticos pudieran desplegar actividades de modo menos clandestino en los patios universitarios. Durante ese año, la denominada «Primavera del Pedagógico», un intenso ciclo de movilización estudiantil contra la intervención militar en la universidad, de reivindicación de los derechos humanos y demanda de cese a las instancias represivas, constituyó el momento estelar de un ciclo de progresiva pérdida del miedo de parte de los estudiantes. Con todo, el proceso fue interrumpido abruptamente por una acción de carácter estructural llevada a cabo por la dictadura con respecto al sistema universitario: la nueva legislación general universitaria que reorganizó el sistema a partir de 1981 y fragmentó a la Universidad de Chile en un archipiélago de instituciones regionales de muy diversa estructura y viabilidad. Junto con esa transformación mayor también vino un fuerte ciclo represivo focalizado en el Pedagógico, espacio de avanzada en la contestación universitaria contra la intervención militar. No obstante, el balance de esos años de acumulación de acciones modestas, de «militancias microscópicas» y osadías cotidianas resultó positivo para el movimiento estudiantil. Para efectos de su rearticulación, a la larga resultó más virtuosa que lesiva la disyuntiva táctica entre el «basismo» y el vanguardismo centrado en las

⁶ Federación de Centros de Estudiantes de la Universidad de Chile, instancia de representación estudiantil generada por las autoridades, desarrolló sus funciones entre 1978 y 1984. Se caracterizó por establecer un sistema de representación indirecta, pensado para subsidiar electoralmente a las minorías de estudiantes afines al gobierno.

juventudes de los partidos políticos, en la medida que ambos fueron espacios propicios para que, en una praxis que debía construirse día a día en la lógica de ensayo y error, el miedo, esa fuerza paralizadora de las formas de reconocimiento mutuo y construcción política estudiantil, finalmente fuera desafiado y, en buena medida, derrotado.

Tras un breve período de regresión, producto del impacto que significó el brusco giro del sistema universitario en su conjunto debido a la Ley General de Universidades de 1981, los estudiantes opositores en la Universidad de Chile desarrollaron un paciente proceso de conquista de espacios de representación política, ocupando para ello una táctica que combinó la coordinación de fuerzas políticas para generar mayorías electorales en el esquema de organización estudiantil diseñado por las autoridades delegadas en la U, la denuncia de la ilegitimidad de la intervención militar en la universidad y en el país y la religación con los símbolos históricos de la cultura progresista y popular. Con el viento a favor, como producto de la crisis social y económica desatada en el país a partir de 1982 y la activación política del mundo popular a partir de las Jornadas de Protesta Nacional desde 1983, los estudiantes opositores de la Universidad de Chile fueron dejando el miedo atrás, ampliando sus repertorios de acción (lo que incluyó el recurso a demostraciones de fuerza, a través de barricadas, escaramuzas callejeras y tomas de locales universitarios) y enfrentando nuevas escalas de desafíos. La conquista de reconstruir finalmente en 1984 la histórica Federación de Estudiantes (FECH), mediante la concertación de fuerzas políticas juveniles (en un arco que incluyó a estudiantes desde la democracia cristiana hasta el partido comunista) podría comprenderse como el acto final de un proceso de rearticulación del movimiento estudiantil y de consolidación de un discurso con énfasis en valores comunitarios. Así, a inicios del año lectivo de 1985, un dirigente de la reverdecida FECH daba la bienvenida a los «mechones», los nuevos estudiantes que ingresaban a la U, sintetizando los aprendizajes hechos por el movimiento estudiantil en los años recientes, delineando el perfil de éste como una comunidad emocional e invocando a los recién llegados a la universidad a reconocer y hacer pervivir los valores asociados a ella:

Tu primera lección en la universidad es que cada singular necesita su plural. Que más allá de ti hay otros que tienen parecidas esperanzas, frustraciones, miedos, rencores, corajes y de nuevo esperanzas; y que es perentorio encontrarlos, reconocerlos, hacerse con ellos miembros de una misma comunidad (Brotsky, 1985).

4. Referencias bibliográficas

- Aranda, J. M. (2000). El movimiento estudiantil y la teoría de los movimientos sociales. *Convergencia*, 21, pp. 225-250.
- Balladares, G. y Romo, E. (1997). *La organización estudiantil en el Campus Macul de la Universidad de Chile, desde la reforma universitaria hasta la intervención militar (1964-1981)*. (Memoria de titulación de Pedagogía en Historia). Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago.
- Biess, F., Gross, D. (2014). Introduction: Emotional returns. En Biess, F. y Gross, D. (Eds.), *Science and emotions after 1945. A transatlantic perspective*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Brodsky, R. (1985). Bienvenida. *Boletín Academia de Humanismo Cristiano*, 47.
- Brodsky, C. (2003). Los orígenes de la ACU: cuando la Resistencia tocaba guitarra. *SurDa*, 44, pp. 36-37.
- Donoso, C. (1988). Gregory Cohen: en medio de mitos pulverizados. *Apsi*, 239, pp. 46-47.
- Entrevista a Pepe Auth (1995). Realizada por Genaro Balladares. Santiago, 27 de febrero.
- Entrevista a Ricardo Brodsky (1997). Realizada por Diego García, José Isla y Pablo Toro. Santiago, 8 de abril.
- Entrevista a Manuel Canales (1996). Realizada por Diego García, José Isla y Pablo Toro. Santiago, 10 de agosto.
- Entrevista a Rodolfo Fortunatti (1995). Realizada por Genaro Balladares. Santiago, 1º de febrero.
- Entrevista a José Hidalgo (1995). Realizada por Genaro Balladares. Santiago, 21 de febrero.
- Errázuriz, L. H. (2009). Dictadura militar en Chile. Antecedentes del golpe estético-cultural. *Latin American Research Review*, 44(2), pp. 136-157.
- Feixa, C., González, Y. (2013). La juventud en el siglo XX: metáforas generacionales. En Feixa, C., González, Y. (Eds.), *La construcción histórica de la juventud en América Latina. Bohemios, Rockanroleros & Revolucionarios* (pp. 21-119). Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Fernández Poncela, A. M. (2013). «Movimientos y sentimientos». *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad – RELACES*, 13, pp. 9-20.
- Feuer, L. (1971). *Los movimientos estudiantiles. Las revoluciones nacionales y sociales en Europa y el Tercer Mundo*. Buenos Aires: Paidós.

- García Monge, D., Isla Madariaga, J., Toro Blanco, P. (2006). *Los muchachos de antes. Historias de la FECH (1973-1988)*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Hennesy, A. (1970). Los estudiantes universitarios en la política nacional. En Véliz, C. (Ed.) *El conformismo en América Latina* (pp. 133-175). Santiago: Instituto de Estudios Internacionales. Universidad de Chile.
- Jasper, J. (2012). Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad – RELACES*, 10, pp. 46-66.
- Muñoz, V. (2006). *ACU. Rescatando el asombro. Historia de la Agrupación Cultural Universitaria*. Santiago: Libros La Calabaza del Diablo.
- Pedrosa, F. (1999). La Universidad y los estudiantes frente a la dictadura militar. En Marsiske, R. (Coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina. Volumen II* (pp. 209-237). México, D. F.: CESU-UNAM.
- Reddy, W. (2001) *The navigation of feeling. A framework for the history of emotions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Revista Crítica.
- Rosenwein, B. (2010). Problems and Methods in the History of Emotions. *Passions in Context*, I(1), pp. 1-32.
- Stearns, P., Stearns, C. (1985). Emotionology: Clarifying the History of Emotions and Emotional Standards. *The American Historical Review*, 90(4), pp. 813-836.
- Thielemann, L. (2014). «*La anomalía social de la transición*». *Movimiento estudiantil e izquierda universitaria en el Chile de los '90 (1987-1990)*. (Tesis de Magister en Historia). Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago.
- Toro, P. (2015). *Entre la lana y el gel: opciones y estilos artísticos y culturales en el movimiento estudiantil de la Universidad de Chile (c.1977-c.1990)*. En Marsiske, R. (Coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina. Volumen V*. [en prensa]. México, D. F.: IISUE-UNAM.
- Toro, P. (2015b). Towards a new Chile through the heart: aspects on the construction of a nationalist *emotionology* in school textbooks during Pinochet years (c.1974-c.1984). *History of Education & Children's Literature*, v. X(1) [en prensa].